

## UN MILAGRO LLAMADO BEHA

Muy de tanto en tanto -demasiadas pocas veces- aparece sin que nadie la espere una primera novela de un autor hasta entonces desconocido a quien, lo comprendemos a las pocas páginas, seguiremos a donde sea hasta el fin de nuestras existencias y bibliotecas. Tal es el caso -por citar tan sólo algunos- de *Birdy*, de William Wharton; *Edwin Mullhouse*, de Steven Millhauser, o *Las vírgenes suicidas*, de Jeffrey Eugenides.

Como todas ellas, el debut de Christopher R. Beha -quien también firmó un tan divertido como emocionante ensayo sobre el placer de la lectura de clásicos: *The Whole Five Feet*- se apoya sobre la idea *gatsbyana* de un narrador encandilado e iluminado por alguien que llega a su vida para cambiarla.

### Luz verde

Charlie Blakeman -escritor frustrado que entra de repente en un éxtasis contemplativo que también recuerda a esa domesticidad zen de los Glass de J. D. Salinger o al primer y mejor Paul Auster- es aquí el Nick Carraway de la ecuación. Y la resplandeciente pero sombría y omnipresente en su ausencia Sophie Wilder es su luz verde al otro lado de la bahía.

Dicho lo anterior -y añadiendo que pocas veces se ha escrito con mayor emoción y delicadeza y fuerza sobre el verdadero sentido cristiano, la santidad sin adornos y la fe pura y sin la marca registrada de credos-, lo mejor es dejar que el milagro, aquí verificable, se exprese por sí mismo y, por una vez, se me permita, como casi todo comentario a la vez que prueba incuestionable, la cita de dos extractos de las primeras páginas de *Qué fue de Sophie Wilder*:

1) «Cuando hablaba de cultivar la soledad, se refería a mí. Y era cierto que nadie había leído mi novela cuando salió, unos meses antes. Pero no en virtud de ninguna estratagema estética. A mí me habría encantado tener público. Mi editor me la había pagado bien y había arrimado el hombro, como suele decirse, para promocionarla. Habían aparecido reseñas donde uno espera que aparezcan, y algunas habían sido buenas. Max y yo compartíamos el mismo apellido -nuestros pa-

dres eran hermanos, o lo eran al menos mientras el mío vivió-, y durante una breve época corrió la especie, originada por el propio Max, de que los Blakeman representaban un nuevo momento cultural. Todo eso terminó después de que mi libro se sumiera en el anonimato. Fuera del mundo de los blogs malintencionados nadie tenía ni idea de quiénes éramos.»

### Harto de nosotros

«En secreto -continuamos leyendo-, Max me culpaba por ello, aunque lo cierto es que la gente simplemente estaba cansada de los jóvenes blancos neoyorquinos acomodados. Yo no podía culparlos; yo también estaba harto de nosotros [...] Lo cierto era que estábamos llegando rápidamente [...] a esa edad en que ya no tiene sentido hablar de "promesa". Fue más o menos en esa época cuando le comenté a Max que, consiguiéramos lo que consiguiéramos, ya nadie diría: "Es tan joven...". Habíamos dejado atrás la precocidad. "Después de los veintiocho", dije con tristeza, "se te juzga por tus propios méritos". "A no ser que mueras", me corrigió Max. "Entonces todos dicen: Era tan joven...".».

### EL DEBUT NOVELÍSTICO DE ALGUIEN A QUIEN SEGUIREMOS HASTA EL FIN DE NUESTRAS BIBLIOTECAS

2) «No dijimos gran cosa más durante el resto del paseo. Le pregunté adónde iba y descubrí que vivíamos en el mismo edificio [...] Uno de los dos se paraba a charlar y el otro esperaba, y así dejamos de ser dos personas que se habían encontrado por casualidad al salir de clase y nos convertimos en dos personas que iban juntas a alguna parte. Si pudiera ser ahora una sola cosa, sería esta: alguien que va a alguna parte con Sophie Wilder.»

El resto de la novela es igual de bueno o mucho mejor. Nunca más apropiadamente dicho: ¡Aleluya!

RODRIGO FRESÁN

### QUÉ FUE DE SOPHIE WILDER CHRISTOPHER R. BEHA



Narrativa  
Trad. de  
Damià Alou  
Libros del  
Asteroide,  
2014. 19,95  
euros ★★★★★